

Vivencias de la emigración murciana a Asturias durante el desarrollismo

Experiences of the Emigrants from Murcia to Asturias during the Developmentalism

*Joaquín PUERTA FERNÁNDEZ **

Resumen: En este artículo se narra en primera persona la experiencia de la emigración murciana a Asturias durante los años cincuenta y sesenta del siglo XX. Se relatan las vivencias del emigrante: el viaje en tren, la casa en alquiler con derecho a cocina, la convivencia entre locales y foráneos, la compra de la primera vivienda en propiedad, la escuela, la calle, el instituto, etc. El barrio de La Luz de Avilés, construido como vivienda de los trabajadores de la industria, es el otro protagonista de este trabajo.

Palabras clave: Emigración; franquismo; Barrio de la Luz; Avilés; Bullas; Murcia.

Summary: This article narrates in the first person the experience of emigration from Murcia to Asturias in the fifties and sixties. The experiences of the emigrants are reported: the train ride, the rental house with cooking facilities, the coexistence between locals and newcomers, the purchase of their first own home, the school, the streets, the secondary school, etc. The neighbourhood of La Luz in Avilés, built as housing for industrial workers, is the other protagonist of this work.

Key words: Emigration; Francoism; Barrio de la Luz; Avilés; Bullas; Murcia.

Recibido: 18 abril de 2016. Aceptado: 2 de mayo de 2016

* Profesor de Ciencias Naturales. CARM. Email: joaquin.puerta1@gmail.com.

En estas páginas recojo mis experiencias vitales de infancia y juventud y las de mi familia en el municipio de asturiano de Avilés durante los años 1955-1970, periodo en el que mis padres se trasladaron desde Bullas a Asturias para trabajar en la industria.

En esta etapa, Avilés sufrió una profunda transformación social a consecuencia de la implantación de industria pesada. Un gran número de personas y sus circunstancias llegaron a una villa de unos veinte mil habitantes en la década de los años cincuenta. Intentaban escapar de la miseria y el hambre, vivieron la realidad propia de aquel momento histórico, que no debió diferir mucho de la vivida en muchas partes de España.

La mayoría de estas vivencias sucedieron entre 1955 y 1970, fueron protagonizadas por personas que habían sufrido las miserias de la postguerra, sobre todo emigrantes, pero también nativos. Por último, con ojos adolescentes, se intenta reflejar la organización social de aquel periodo a través de la descripción de los diferentes tipos de viviendas en los barrios construidos para acoger a los trabajadores recién llegados.

1. Una casa en alquiler en Avilés

Mis recuerdos más distantes me trasladan allá a los tempranos años sesenta. Me veo traslúcidamente con la inocencia de un *guaje* que con dificultad intenta sostenerse sobre unas inexpertas y arqueadas piernas. Veo ahora aquella primera parte de mi vida como continuas instantáneas, como si estuviese pasando las descoloridas hojas de un álbum lleno de imágenes, cada una de las cuales me ayuda a hilar recuerdos que de otro modo no podría hacerlo.

Fue más que una gran nevada. Allí estaba yo con las manos abiertas, palmas hacia abajo, sobre una chapa. Así se llamaba al hierro fundido sobre la que se colocaban las potas, sartenes y demás pucheros, a la que, de cuando en cuando, se le echaban unos trozos de carbón y a la que mi madre, utilizando toda su fuerza, le dedicada no pocos instantes para eliminar los restos amarillentos que aparecían después de que, o bien la leche o el agua, se desbordasen de los pucheros. Minutos antes había pisoteado y tocado con indolencia pueril la nieve, había notado como mis pies se hundían tímidamente en el noble blanco medio, produciendo a la vez un sonido crocante. Mis padres me habían lanzado bolas que se deshacían acariciando mi superprotegido cuerpo, y mis manos habían empezado a sentir por primera vez dolor, parecía como si esos extremos corporales me fueran a estallar. Fue la primera vez que mi cuerpo se revelaba furiosamente contra mi conducta.

Y allí estaba la chapa. Hasta llegar a ella recorrimos, para mí, un largo pasillo que dejaba a la derecha el único espacio cerrado de aquella casa en la que vivía-

mos. Era un sencillo dormitorio donde, ahora lo entiendo, se podía tener la intimidad que todo ser humano necesita. Contenía un mobiliario más que sencillo e imprescindible, una cama de matrimonio, un armario y una pequeñísima mesita. Al final del mismo estaba la chapa y, a su derecha, un más que modesto aseo. No puedo saber cuántos metros cuadrados tenía, pero ahora cuando paso, muy de tarde en tarde, me parece una casita de muñecas y, sin embargo, en su momento representó un gran paso hacia adelante en nuestra vida familiar.

Creo recordar que fueron cuatro años los que vivimos en este espacio reducido. Éramos inquilinos de Mari Carmen, así se llamaba la dueña de esta casa, estaba casada con Ramón y con ellos vivía su sobrina Carmen. Al igual que muchas familias avilesinas habían aprovechado la oportunidad brindada por las oleadas de trabajadores, llegados de todas partes de la península en busca de un mejor futuro, poniendo propiedades, por modestas que fuesen, en alquiler, lo que les proporcionaba unos ingresos nada despreciables. A estos ingresos, nuestros caseros sumaban la venta ocasional de algún *xiato* (ternero) y los proporcionados por su trabajo vocacional de masajista del equipo de fútbol de la ciudad.

Muchas veces los ingresos procedentes de los alquileres constituían la mayor parte del sustento familiar. La ley de la oferta y la demanda se inclinaba más hacia la segunda y, por ello, no es difícil entender el elevado coste de los alquileres. Se pagaba en el mejor de los casos por encima de la mitad del salario mensual.

La vida era simple y dura. Mi corta familia era un escaso estereotipo familiar de la época, no había más descendientes en proyecto. La mujer mantenía impoluto el reducido recinto vital, controlando las finanzas escrupulosamente, a base de elaborar toda la ropa posible a partir de ovillos de lana o piezas de tela. Todas las semanas se hacía la plaza (mercado semanal), donde se regateaba con las aldeanas por los productos del campo. Se mantenía la casa caldeada el tiempo imprescindible, el carbón era un bien preciado que tenía doble función. Los desplazamientos, por largos que fueran, se realizaban a pie o en bicicleta.

No había agua corriente, había que transportarla en calderos desde las fuentes naturales hasta las casas. El día que se puso un caño en la plaza fue todo un acontecimiento.

A toda esta austeridad se le sumaban los puntuales chispazos entre autóctonos y foráneos que, en más de una ocasión, derivaron en fuertes confrontaciones físicas, atenuadas por la intervención interesada de los caseros.

De aquellos «menudos» años, en algún lugar del enmarañamiento neuronal quedaron muy grabados la aparición del miedo y la ausencia paterna.

El Tío del Saco venía todas las noches. Esperaba en un carro de vacas bajo un hórreo e iluminaba intermitente sus alrededores a la busca de un niño despistado. Yo trataba, a distancia prudente, de visualizar su silueta y encajarlo en algu-

no de mis patrones imaginarios. Todos los días, al anochecer, la imaginación dispartada de un niño, que se volvía más tembloroso a medida que sus escasos pasos trataban de acercarlo al lugar donde las maliciosas pero no malintencionadas lenguas decían que se comía a algún despistado infante, realizaba mentales formas imaginarias de aquel hasta entonces invisible personaje. Cuando el día llegaba me acercaba con recelo y trataba de encontrar algún vestigio de su presencia, pero allí solo estaban los *pegollos*, los pilares del hórreo y el carro de *les vaques*. Es curioso que aquello que en mí producía un enorme pánico nocturno sea una imagen buscada por no pocos, ya que se ha convertido en una estampa costumbrista de una época que ya no volverá.

Mi padre se iba temprano y regresaba muy tarde. Le esperaban trabajos que hacían en él la suficiente huella diaria para que no existiese mejor aspiración vital que encontrar, a su vuelta diaria, la paz del lecho. He hablado de trabajos y no trabajo, durante no muchos años fue más que habitual que muchos hombres –las mujeres estaban relegadas en su mayoría a tareas domésticas– tuviesen varios. Eso ayudaba a la economía familiar y permitía avanzar en el ansiado fin de tener una vida mejor, y todo ello pasaba por tener una vivienda propia.

2. Los trenes de la emigración

Años antes y después de dejar atrás lo que más quería, había trasladado todas sus circunstancias lejos, muy lejos, casi al otro lado de su mundo conocido. Un impulso vital, del que casi nadie que lo atraviesa se da cuenta, hace que una ilusión de inmortalidad presida la vida del ser humano, lo que lo vuelve más que imprudente. Es un empuje que hace que la vida prosiga, anteponiéndose a cualquier otra apetencia, actuando frenéticamente en la etapa de la vida en la que la sangre fluye torrencialmente sin que puedas encauzarla, momento en el que los miedos se aparcan porque no hay tiempo para ellos.

Mi padre volvió al pueblo, a Bullas, para casarse y subirse, a continuación, al tren de un mundo desconocido. Para mi madre era la segunda vez en su vida que salía de su casa. La primera fue para ir a otro pueblo a recoger azafrán, los fríos y sus tiernas manos hicieron buenos los consejos de su madre, mi abuela. Pero esta vez el viaje de dirigía hacia algo más imprevisible.

Los viajes allá por la década de los años cincuenta se realizaban en trenes de vapor, carbón para la mayoría, en los que el hollín de la chimenea solía inundarlo todo, sobre todo en los abrasadores meses del estío. Sobre asientos y respaldos tableados y con el olor de los efluvios humanos se atravesaba la península de lado a lado. Esos traslados suponían un tiempo no inferior a día y medio, los trasbordos eran numerosos y las esperas eran asumidas como parte de lo cotidiano.

Esa prolongada duración de los recorridos hacía que, en la singular intimidad de los compartimentos, surgieran algunas circunstanciales amistades que, en algunos casos, se prolongaron por tiempo indefinido. En ese su primer viaje conjunto, mis padres conocieron a otra pareja de recién casados procedentes de las Alpujarras granadinas. Con ellos entablaron una de las más bellas historias de amistad que yo he conocido y que se prolongará más allá de sus vidas.

La genética humana en sus caprichosas combinaciones hace que, en ocasiones, sumada a las circunstancias sociales, permitan la cooperación solidaria entre personas de diferentes orígenes, aparcando egoísmos estériles que en la mayor parte de los casos se dirigen a confrontaciones que denigran la condición humana. Así sucedió con estas personas, hasta entontes viviendo y viniendo de las mismas miserias posbélicas, de lugares distantes y que, al igual que dos ríos que se encuentran, funden toda su energía para seguir el mismo camino, encauzado por paredes a veces abruptas al principio, lleno de rápidos traicioneros en la mitad del recorrido y deslizándose más suavemente al final, se tendiesen todas las veces que fue necesario sus manos desinteresadamente.

En aquellos trenes rocosos viajaban numerosas parejas de veinteañeros huyendo de la miseria de aquellos pueblos que todavía tardarían un tiempo en iniciar su reconversión económica, preludio de la cultural, y en la que estaban todavía muy presentes los patrones del sistema. Aquellos viajes representaban un camino hacia algo desconocido pero que, en la mayoría de los casos, no podía ser peor de lo ya sabido hasta ese momento y que, cuando menos, permitía albergar sueños de un mundo mejor. El soñar con algo mejor ya no era un fracaso en sus vidas.

3. La forja y el recorrido del emigrante

La vida llevada veinticinco años atrás había forjado personas con la suficiente dureza para realizar cualquier tipo de trabajo físico. Mi padre no había vuelto a la escuela después de recibir una salvaje paliza que su maestro, con el beneplácito de su padre, le había propinado. Aquel mismo día comenzó a correr en dirección contraria a la escuela, alejándose todo lo que pudo de ella durante casi toda su vida. Había perdido a su madre cuando estaba finalizando su adolescencia y ahí se le acabó el cupo de cariño que la vida le había proporcionado. Los medios escasos de subsistencia, a los que se le sumaba una actitud más que dictatorial paterna, fueron el crisol necesario para que todos los varones de la familia empezaran a abandonar, no puedo decir el hogar, ya que para mí esta palabra tiene otras connotaciones, la casa familiar en la que había vivido experiencias poco agradables y que habían dejado huella, surcos con aristas muy marcadas en su interior, que permanecerían con él el resto de su vida.

Por ello decidió, junto con otros muchos como él, que había que dejar atrás el pueblo, donde, por otra parte, los recursos necesarios eran escasos. Así emprendió la verdadera aventura de su vida, en la que él sería protagonista y no un actor pasivo. Se convirtió en un «trotaespañás», Cataluña, País Vasco, León, Toledo, Asturias. Fueron días, años de polvo, hollín y sobre todo de sudor, mucho sudor, de días de solo trabajo, donde la picaresca y la muerte acechaba en casi todas las esquinas. Atrás quedaron horas y horas, días y días bajo el sol implacable mesetario, agostero, castellano, cortando las reverentes espigas, donde la única sombra existente era la propia y donde el patrón servía comida abundante y agua fresca celestial. Más atrás, un olor a alquitrán se metía, abrasando las más profundas entrañas humanas, en ese lento camino hacia el progreso desconocido. La dureza del trabajo en la mina, con la muerte constantemente a su espalda, en esas oscuras cavidades donde los aires son todo menos aire y donde no se veía más allá de las retorcidas espaldas de los compañeros más próximos.

Hay experiencias que dejan cicatrices, que vistas allá en tu pasado distante no sabes si ponerlas en el platillo de lo bueno o en el de lo malo, porque te han forjado de una determinada forma y tú eres la suma de todas ellas. Pero quienes vivieron así, una generación domada, no pueden decir que cualquier tiempo pasado fue mejor, todo se les ha quedado registrado en un disco duro que sólo se borra al final de su existencia.

Allí está el odio visto entre personas antes hermanas o amigos, la muerte de gente buena y no tan buena y, sobre todo, el hambre, mucha hambre. Eso marcó, y de qué manera, casi todos sus comportamientos posteriores. Creo que puedo entender el *shock* que producía en mis padres el ver cómo, en tiempos más cercanos al actual, se despilfarran aquellos recursos que de forma más que generosa producía la naturaleza y que, años atrás, eran de los que sólo podían disponer algunos afortunados. En no pocas ocasiones me contaron como el tío Tripón, uno de esos lacayos del régimen momentáneo y en tiempos de postguerra cercana, le indicaba a su sirvienta que dejase las sobras de su abundante comida a su jauría amada. La diligencia de ella curaba el hambre de su prole y amigos cercanos invitándolos a meterse silenciosamente bajo la mesa camilla, para comérselas allí, en ausencia de tan miserable personaje.

Con esta intrahistoria, en casa nunca se tiraba un mendrugo de pan. Se podía rallar y darle uso. La comida sobrante del mediodía, dependiendo del tipo, o se consumía en la cena o se reciclaba en otra. Igualmente, era impensable dejar una luz encendida en una habitación vacía o que la despensa no estuviese siempre bien pertrechada.



Casa con derecho a cocina. (Fotografía del autor).

4. Una casa con derecho a cocina

Unos meses antes, él había encontrado un lugar para vivir, estaba allí, al otro lado de la península, donde el azar, ayudado por el continuo deseo de supervivencia, le había llevado. Lugar donde llovía y el sol aparecía de cuando en cuando tímidamente, donde la gente calzaba madreñas por calles embarradas y hablaban con diferente y agradable acento. Había encontrado un lugar distinto donde podían tener una oportunidad de mejorar.

Fue el lugar donde vi la luz, en Miranda-Avilés en 1957. Eso es lo que figura en mi DNI. Mi padre había negociado con la dueña de la casa, Pilar, un alquiler de cuatrocientas pesetas. Él ganaba alrededor de setecientas y podía considerarse afortunado; otras parejas tuvieron que recurrir incluso a chabolas para poder pasar aquella escasez de viviendas durante los primeros años de emigración. Otros no pudieron aguantar y regresaron a las penurias conocidas anteriormente; los menos decidieron saltar a otros lares donde las gentes hablaban otras lenguas.

A la casa donde nací en Avilés le tengo un especial cariño. La verdad es que es poco lo que recuerdo de ella, pero las vivencias en boca materna ejercen una poderosa influencia positiva en los recuerdos. Ahora la veo, en su decrepitud irreversible, con cariño. Trato de revivir algunos de los pasajes que siete personas tuvieron en común durante unos pocos años.

Hoy puede sonar extraño, pero el alquiler recibía la denominación de «con derecho a cocina», pues disponía de una modesta habitación en la que compartíamos la cocina y el servicio. En aquella casa vivían Pilar, la dueña y sus tres descendientes más próximos, dos hijos y una hija.

5. Pilar. Huellas de la guerra

Fue una segunda madre para la mía. Todo lo que he escuchado de la convivencia que durante casi cuatro años tuvieron mis padres con Pilar han hecho que la imagen que tengo de ella sea de persona justa, a la que pertenecen ese tipo de personas de las que normalmente nadie escribe, que quedan en el anonimato y que sólo son recordadas por aquellas otras con las que convivieron. Son personas que dignifican a nuestra especie y que, por desgracia, no ocupan el lugar que deberían en nuestra sociedad, pues la conduciría por caminos mejores y muy diferentes a los conocidos.

La postguerra civil marcó su vida para siempre. Perteneciente su marido a los perdedores, vivió durante años deambulando por los montes astures, tratando de mantener sus ideales y sobre todo su vida.

A aquellos distantes lugares y con el miedo a cuestras iba Pilar. En una de estas furtivas visitas se quedó embarazada de su último hijo. Durante unos años tuvo que soportar las turbulentas habladurías de gente malintencionada acerca del origen de la paternidad. Pero cuando se planta una avellana con el tiempo tendrás un avellano, solamente hay que esperar el tiempo necesario y verás crecer las ramas y cómo brotan las hermosas flores, que no se transforman en manzanas.

Hay personas que necesitan pocas palabras para hacerse escuchar y, sobre todo, entender, y yo tengo en mi imaginación a Pilar como una persona forjada a base de todo tipo de golpes, mujer que escondía su belleza pero no su rectitud, que mantenía los ideales de justicia en su sentido más amplio, con su quehacer diario, ideales poco antes defendidos con armas por los hombres. Pilar, persona que hablaba con la claridad de las personas que tienen sabiduría mundana adquirida, en ocasiones con más contundencia de la que se puede soportar en un determinado momento de la vida, con un saber que tienen esas personas que no necesitan repetir dos veces la misma cosa para hacerse entender.

6. El lavadero

Al lado de la casa estaba el lavadero. A él llegaba un pequeño pero continuo chorro de agua; agua que se llevaba a casa diariamente para las labores domésticas. El lavadero era el lugar donde las mujeres realizaban la higiene necesaria de



Lavadero de Miranda. (Fotografía del autor).

la ropa. Era, junto a la tienda de ultramarinos, donde las mujeres se socializaban. En cambio, los hombres, cuando disponían algún tiempo de reposo, iban al *chigre* (bar).

La simbiosis que se estableció entre dos mujeres de diferentes edades, de los dos extremos de su mundo, fue tal que describir el día que mis padres decidieron seguir su andadura vital fuera de aquella casa produjo, sobre todo en Pilar, un dolor semejante a la pérdida de un hijo.

Pilar sabía con qué personas trataba y que debía pegar un puñetazo encima de la mesa para que la vida de sus inquilinos, llegados de lejos, no estuviese tensionada con frecuencia innecesaria. Así que, utilizando el mejor altavoz del que disponía en ese momento, le indicó a mi madre que pusiese la noche anterior el barreño en la parte alta del lavadero. Al día siguiente, con la luz, podría ocupar el mejor lugar de aguas limpias. He de decir que, con anterioridad a este momento y no en pocas ocasiones, las foráneas debían ocupar el lugar aguas abajo, con independencia del momento de llegada.

Aquella mañana al despuntar la luz, mi madre se dirigió con su ato de ropa al lavadero, allí se encontró a una cuadrilla de mujeres que, haciendo uso del término asiático habitual de «coreanos», la conminaron a ocupar otro lugar más abajo. Era bastante frecuente entre la población nativa expresiones despectivas como «coreanos» para referirse a los venidos de otras partes de España.

La casa estaba próxima y Pilar se acercó pausadamente, cogió el barreño y lo volvió a su posición original, a continuación las miró a todas y, señalando a mi madre, dijo: «Esta que veis es la mejor mujer que he conocido en mi vida, no quiero que en lo que le resta a la mía os volváis a meter con ella». Fue el último tropiezo en el lavadero. La mujer de pocas palabras había escrito sin escribir ley, esas leyes forjadas en la justicia que todas las personas podemos entender, justicia no necesitada de jueces y que es de aplicación instantánea y duradera.

7. La tienda de ultramarinos

La austeridad venía impuesta por la vida y era una tónica habitual el no gastar más de lo que se tenía. Las tiendas, popurrí mercantil escaso, eran una fotografía fija de lo que se producía en nuestro país en esos tiempos de apreturas.

En aquellas tiendas de ultramarinos, la mayoría de los escasos productos se vendían a granel. Entre otros productos se podía comprar una peseta de atún, sardinas o arenques por piezas; algo que ahora es de difícil comprensión.

Había pedido medio kilo de fabes pequeñas. La tendera era mujer de manos y hombros amplios, rocosa como la mayoría de las mujeres que trabajaban en el campo, la casa y, en este caso y a determinadas horas también en la tienda. Conociendo a la persona que se las pedía, sugirió: «Paca, ¿Por qué no te llevas estas otras que son mejores? No te preocupes, me las pagas otro día». La respuesta era obvia, el servicio que hacían era el mismo y podía pagarlas. Abandonada la tienda, casi siempre había expresiones que por aquellos días eran más que frecuentes: «Mira estos coreanos, vienen muertos de hambre».

Comprar fiado era bastante habitual, había en las tiendas un cuaderno donde se anotaban todas las deudas pendientes. No pocas personas y con frecuencia las más fanfarronas y que ahora las tildaríamos de racistas, desaparecían dejando «pupas», término utilizado para referirse a las deudas impagadas

Estos comentarios llegaron a oídos de Pilar. Las palabras sabias brotaron fluidamente de forma natural: «Paca –refiriéndose a una persona en concreto– se haría bien a sí misma si estuviese callada, antes de llegar vosotros aquí hemos pasado hambre, mucha hambre y necesidad, y muchos de los de aquí han tenido que marcharse lejos, muy lejos, y de la mayoría de ellos no sabemos nada».

8. Convivencia

La vida en común entre gentes del norte y del sur generó muchas anécdotas y aprendizajes. Recuerdo una muy repetida en mi casa: mi madre estaba comiéndose un tomate con un poco de pan y Arcadio, así se llamaba uno de los hijos de Pilar,

entró en la cocina: «Cago en mi madre, qué *tas* comiendo, Paca, eso *tien* que saber a rayos, cómo *yes* capaz de comer un tomate así». Mi madre sonrió, sabía que la juventud es arrogante y con frecuencia atrevidamente descarada en su desconocimiento. Aquel día no le dijo nada, sabía también que sólo era cuestión de tiempo y no de imposición el conseguir que probase aquella forma tan sencilla de comerse una hortaliza. Poco tiempo después, esa forma tan mediterránea entró de lleno en aquella casa asturiana. Arcadio disfrutaba comiéndose un tomate con un poco de sal y pan. Allí, en aquella casa, mi madre aprendió a hacer berzas y fabada.

9. Ensidesa

Por aquellos tardíos años cincuenta, Avilés duplicó y triplicó en poco tiempo su población. Esto hizo que la que población local empezase a estar en minoría, lo que, junto con la hibridación cultural, hizo que el rechazo y la parcial intolerancia fuesen desapareciendo con el pasar del tiempo.

Mi padre, como ya he comentado, trabajaba sin descanso, empresas que pagaban poco, se trabajaba mucho y no había atisbos de un futuro mejorable. Eso hizo que después de este periplo de seis años en dos casas diferentes se planteasen emigrar a Francia. Mi padre trabajaba en el lingote, trabajo duro donde los haya, pues tenían que cargar con sus manos camiones con piezas de hierro de diferentes tamaños a destajo. Entonces, de forma circunstancial, todos los trabajadores de ese parte de la fábrica pasaron automáticamente a Ensidesa.

Aquello representó, en aquel momento, el premio gordo de la lotería en sus vidas, significaba el duplicar como mínimo sus ingresos y, sobre todo, tener acceso a una vivienda propia.

«La empresa» –así era como mayoritariamente nos referíamos a Ensidesa– se había construido años atrás para satisfacer la demanda de hierro. Un país de tablas desgastadas se transformaba en uno de hierro y hormigón.

10. La casa propia. El barrio de La Luz

Era uno de esos típicos y maravillosos días asturianos, orvallaba, esa manera tan de agradecer de regar la vida sin hacerle daño. Un camión de aquellos que tenían un morro cilíndrico que no paraba de roncar atropelladamente y que, de vez en cuando, decidía callarse, que había que despertarlo moviendo una manivela que se le incrustaba entre sus dos ojos, estaba aparcado enfrente de casa. Nos íbamos a la nuestra. Sí, por fin nuestra primera casa, la nuestra.

Estaba lejos para mí, en un barrio que se llamaba y se sigue llamando de La Luz, pero a quién le importaba dónde estuviese. Creo que a mi padre no le costó

mucho acomodar todos los modestos y escasos enseres en la báscula; digo creo porque no tardé mucho tiempo en estar instalado en su cabina con una sonrisa de oreja a oreja, escuchando el abrupto deslizamiento del limpiaparabrisas. Mi padre iba atrás, en la báscula, vigilante.

Era espectacular, podía correr por el pasillo, entrar en un aseo, saltar por su ventana y salir a un balcón. Tenía dos habitaciones, una para mí, otra para mis padres y, entre ambas, había otro espacio que hacía doble función, las más de sala de estar y las menos de dormitorio.

Construido como otros barrios para albergar el enorme tropel de personas procedentes de un sinfín de orígenes, el barrio de La Luz estaba y está constituido por un poco más de dos mil viviendas. Había que dar cobijo a una enorme masa laboral dispersa por el municipio y, en muchos casos, familiarmente desestructurada por la falta de una vivienda adecuada. Muchas personas vivían en barracones e incluso en chabolas.

Recuerdo mis primeros pasos en aquel paralelo alineamiento de bloques situados en la falda del monte de La Luz. Podía ser recorrido de extremo a extremo sin dificultad por cualquier persona menuda en menos de diez minutos; las calles, ausentes de coches, permitían el juego sobre el asfalto con toda tranquilidad.

El barrio fue un soplo vital para la mayoría, las condiciones de adquisición de las viviendas fueron las adecuadas. Por una pequeña cantidad, más que asumible a descontar en las nóminas, se disponía de una vivienda digna para la época. Estaba constituido por bloques de veinticuatro viviendas, en cinco alturas y planta baja. En ésta las viviendas fueron sustituidas por bajos comerciales, escuelas, iglesia, OJE y el economato.

Las viviendas estaban pensadas para albergar a los obreros. Había viviendas destinadas a familias numerosas, cinco o más hijos, y las otras al resto. No puedo saber cuál era el procedimiento de adjudicación, sé que había un departamento en la empresa encargado de este menester.

Con anterioridad a la construcción del barrio se había llevado a cabo la expropiación de los terrenos necesarios. Ahora puedo entender el enorme desasosiego que se debió producir en los lugareños, que hasta entonces habían tenido una pacífica y tranquila vida de trabajo agrario y ganadero, con la llegada tumultuosa y atropellada de aquella masa tan heterogénea y, en ocasiones, bastante incívica. Durante bastantes años fui testigo y actor de conflictos en los límites imbricados de fincas, en el limbo de la propiedad, entre infantes ávidos de aventura y antiguos propietarios de edad más que madura. Fueron estos los que más sufrieron en embate externo, como suele suceder casi siempre entre generaciones más distantes en el tiempo. Hubo sin embargo una parte local que supo sacar beneficio a aquella llegada masiva de capital humano.

Luciano, por ejemplo, que vivía en una de esas casas aldeanas enfrente del amasijo de bloques y tenía un motocarro, lo utilizaba para el transporte de enseres de los nuevos llegados. Fue bastante frecuente el cambio de vivienda dentro del barrio, sobre todo al inicio, por diferentes razones: peleas entre vecinos que conducían a situaciones irreconciliables, inseguridad en las viviendas de la planta baja, ausencia de ascensores.

María, vecina de Luciano, aumentó su escasa cabaña ganadera debido a la demanda de leche. Además sacaba unos ingresos adicionales con la venta de los escasos productos agrarios.

11. La escuela

En los dos extremos del barrio se ubicaron las escuelas graduadas que llevaban el nombre de las calles en las que se encontraban. Escuelas unitarias, dos maestros y dos maestras para más de 150 niños y niñas en cada una de ellas, aulas divididas, diferenciadas por sexos y, cada uno de ellos, separado en dos tramos de edad.

No recuerdo muy bien mi primer maestro; estuve con él solamente un curso. Sucede todo lo contrario con el segundo; don José María era maestro y licenciado en Filosofía y Letras, lo recuerdo porque puso una placa con estos datos en la puerta de acceso desde la calle a su aula.

Aquellas aulas tan masificadas y diversas no permitían demasiadas florituras académicas. Pasábamos horas y horas escribiendo con distintos tipos de letra, dibujando mapas y leyendo poesías, las matemáticas básicas y poco más. Al final de la jornada escolar teníamos, para aquellos que querían y podían pagárselo, clases particulares. Allí, en grupos más reducidos, leíamos y realizábamos análisis morfológicos y sintácticos, y sobre todo, algo que recuerdo con extraordinario cariño, la lectura del Quijote. Todos los días mi imaginación acompañaba a Alonso Quijano en sus maravillosas aventuras. Sin darme cuenta se introdujo en mí un impresionante y diverso vocabulario. Esas clases de una hora diaria fueron más provechosas que las del resto de la actividad académica. Tengo que decir que costaban 200 pesetas y que suponían un esfuerzo en la economía familiar nada desdeñable.

Creo que la mayoría de los que vivimos aquellos momentos no podemos olvidar nuestra enciclopedia Álvarez, ni la leche que se nos suministró durante algún curso escolar y que nos la bebíamos a media mañana, la palmeta que se usaba con demasiada displicencia y la fijación del maestro con algún alumno discolo, con el que se ensañaba con no mucha atemporalidad, algo que se queda grabado para siempre en las inmaduras mentes de infantes aterrados.

12. La calle

Paralelamente a la vida escolar durante aquellos interminables periodos de lluvias constantes, teníamos la calle. La calle representó el lugar más grande de sociabilización y forja de nuevas y perdurables amistades.

Ese mundo en el que ya me había introducido y que a la llegada al barrio estaba por conocer empezó a ser explorado. Solía ponerme allí, en casa, tras los empañados cristales de aquel segundo piso de uno de tantos bloques del barrio. Mientras mi madre tejía y escuchaba la radio yo jugaba con el vaho agarrado al vidrio, haciendo discurrir las gotas de agua condensadas por los caminos dibujados por la yema de mis dedos, tratando infructuosamente de que estas los siguieran dócilmente. A través de estos caminos empecé a conocer el paisaje humano que más me interesaba, aquel con el que tenía que convivir. Como mi casa tenía la suficiente altura, permitía una visión tridimensional muy buena. Conocí a la banda de «Luis el Güevero». Habían hecho una caseta en los *bardiales* (conjunto bastante grande de zarzas que limitaba las fincas). Tenían dos perros, el Rey y la Diana, extraordinarios animales que nos acompañarían durante toda nuestra época adolescente.

La palabra banda, aplicada a este contexto y con el suficiente tiempo mediante, pierde el significado peyorativo que intuitivamente le solemos dar. Sí que para nosotros y allí infundía cierto temor, pero se fue diluyendo a medida que todos fuimos partícipes de los mismos problemas y soluciones. Todos aprendimos a movernos con la cautela suficiente para evitar conflictos innecesarios.

Escuela y calle, calle y juego, juego y amistad. La peonza, la maza, un dos tres ayúdame a coger, el bote, el escondite, la comba, chorro, morro, pico y pala, y sobre todo el fútbol llenaron las horas y horas de ocio preadolescente.

Fueron años espectaculares para la vida, aquella masa humana era imparable. En el bloque en que yo vivía éramos por encima de un centenar de descendientes. Había una media superior a cuatro hijos por vivienda. Las calles raramente estaban vacías y el silencio se podía vivir escasamente. Como las calles se quedaban pequeñas, invadíamos los prados limitantes, no fueron pocas las ocasiones de salir por piernas ante la llegada de discutidos dueños.

A nosotros, con nuestra corta edad, el barrio nos daba casi todo lo que necesitábamos. Con el avanzar del tiempo nos fuimos dando cuenta de las enormes carencias y de nuestros hábitos de vida menos decorosos, así empezaron a surgir asociaciones vecinales que, no sin dificultad y lentamente, pelearon por su mejora.

13. El instituto Virgen de La Luz

Estábamos sentados los 42 alumnos, crucifijo enfrente y no muy lejos el caudillo y José Antonio. Llevábamos casi todos pantalones cortos, algunos, los menos, largos, normalmente estaban reservados para el paso a la pubertad o para aquellos que querían mostrar su inclusión en un estatus más elevado de poder.

En las clases se acrisolaban sin problema todas las personalidades y con muy raras excepciones se podían escuchar los zumbidos de las despistadas moscas. Procedíamos mayoritariamente del barrio de La Luz, pero había chicos de Cancienes, Llaranes, Villalegre, Los Campos, Las Vegas, todos estos barrios circundantes y alguna localidad más alejada.

No recuerdo cuántos alumnos conformaron los grupos a partir de segundo curso pero sí de cuántos comenzamos en primero: 42. Todos uniformados con pantalón y corbata gris, camisa blanca, jersey y chaquetón azul. En los primeros años esta uniformidad se llevó a rajatabla, diluyéndose poco a poco con el tiempo hasta desaparecer.

No lo sabíamos pero el instituto marcó el resto de nuestras vidas en todos los sentidos. Ahora pienso qué habría sido de mi vida si unos pocos años antes no se hubiese construido. ¿Hubiese estudiado? Lo cierto es que se construyó y allí estaba el siguiente paso académico en nuestras vidas.

Fue el primer instituto mixto de Avilés, el Instituto de Enseñanza Media Virgen de la Luz, primer espacio donde niños y niñas atravesaban los umbrales de la adolescencia, donde los más atrevidos se iniciaban en los recovecos más ocultos del centro, en el conocimiento más profundo del otro sexo y en lo que, en no pocas ocasiones, condujo a la finalización anticipada de trayectorias académicas. Aquellos años representaron también los coletazos finales de una época de represión sexual y cada uno de nosotros aprendió como pudo, pues no se contemplaba una educación sexual reglada en los menesteres del sexo.

En el instituto había límites visibles e invisibles entre los chicos y chicas, límites que la propia dinámica vital diaria rompía constantemente pese a que los encargados de sostenerlos hacían lo imposible por evitarlo. Por ejemplo, don Tomás; después de haber atravesado uno de esos invisibles límites entre el patio femenino y el masculino en una furibunda carrera tras un compañero, se me acercó y me pidió el diario escolar para escribir una de aquellas notas que nos hacían temblar y que debíamos mostrar a nuestros padres. Pero, en aquella ocasión, aprovechando la uniformidad del atuendo, deduje que la caza de muchas incautas presas parecidas podía hacer fallar la memoria de tan diligente profesor.

Había en la mayoría de nosotros un pánico extremo a cualquier sanción disciplinaria. Estas no eran bien acogidas en las casas y mucho menos la llamada al

centro de cualquier madre. Si digo madre y no padre es porque en la mayoría de los casos, y salvo contadísimas excepciones, del seguimiento académico diario se encargaban las madres; los padres solían intervenir de manera más abrupta cuando se presentaban las calificaciones finales. Esto se debía, en gran medida, a que las madres se dedicaban exclusivamente a las tareas domésticas; los padres mayoritariamente trabajan en turnos de ocho horas diarias, que en bastantes ocasiones se doblaban o a las que se añadían otras correspondientes a otro trabajo. Fue una constante inoculada en esa generación el ansia de ahorro y mejora económica, lo que llevaba a no pocos esfuerzos físicos que ahora son difícilmente inimaginables y mucho menos realizables.

Lo cierto es que aquel centro fue el segundo eslabón fundamental que permitió a adolescentes de la clase obrera continuar en el mundo de la educación, catapultándolos a la universidad. Sin embargo, tengo que decir que el sistema era tremendamente selectivo y a este tema quiero dedicarle un apartado especial.

14. Una educación selectiva

En el instituto se empezaba con nueve –los menos– diez u once años. Con ese rango de edades era bastante frecuente que, en el primer curso de aquel bachillerato, muchos niños, sobre todo procedentes de familias numerosas, no lo superasen. El camino inmediato para ellos estaba escrito. Tengo muy grabado en mi interior, en aquellos días de galernas cantábricas, el trabajo que realizaban pequeños hombrecitos, que solamente un año antes habían estado sentados en el aula conmigo. Montados en bicicletas con sus trajes de agua repartían pesadas cajas de botellas de vino, el pan, piso a piso, la prensa diaria. Algunos en sus horas extras se dedicaban a vender piñas para la lumbre, cangrejos y los más atrevidos percebes.

Este comenzar en la vida académica no permitía muchos errores. Marcaba para muchos una etapa siguiente bastante abrupta, porque la pérdida de la inocencia, ayudada por la dureza del trabajo, hizo que el camino de muchos tuviese demasiadas cuestas y encrucijadas, conduciéndoles a elegir atajos nada recomendables, que en bastantes ocasiones tuvieron efectos adversos sobre sus vidas.

Recuerdo especialmente a uno de ellos con mucho cariño. A los diez años estaba repartiendo vino, después periódicos, para más tarde encontrármelo, en uno de esos paréntesis de mi vida, en una empresa siderúrgica de montajes cuando tendría unos 18 años. Aquel día llovía con mucha fuerza, salía con la cara de un gris que quería acercarse al negro, yo empezaba a trabajar y, extrañándose de verme allí, me dijo: «¿Tú qué haces aquí?» Lo preguntaba porque, al igual que yo tenía su foto fija, él tenía la mía, que no se correspondía con aquel lugar.

Después de una pequeña conversación me dijo: «Que no te manden a calderas». Se refería a un trabajo extremadamente duro que consistía en cambiar el ladrillo refractario de un horno.

No lo volví a ver, pero de fuentes más que fiables supe que alrededor de los treinta decidió vivir de hacer y vender bisutería en otra parte, un lugar donde apenas llovía y podía tener la cara y las manos limpias, siendo feliz al lado de alguien que no necesitaba más que él. Desafortunadamente cuando transitaba por los cuarenta, cuando iba a buscar lo necesario para su trabajo, falleció en un accidente de circulación.

A través de su figura se puede ver lo que significaba para muchos niños el fracaso escolar de la época. Puede entenderse que parte de esa generación pasó de una tierna infancia al estado adulto sin apenas niñez, sin adolescencia, y que cuando llegó a mediana edad o incluso antes, estaba agotada. Sin mencionar a los que se quedaron por el camino a muy temprana edad en diversos trabajos ausentes de seguridad.

15. Otros barrios y otras clases sociales

Fue en el instituto y a través de la amistad con distintos compañeros cuando comenzamos a saber un poco más de la estructura de nuestra sociedad. Sabía que en Avilés había otros barrios que se podían ver desde la ermita del nuestro, pero salvo en alguna circunstancia aislada muy especial no los conocía, y mucho menos el interior de sus casas.

Un día, gracias a la amistad con un compañero de clase, visité el barrio de Llaranes, construido inicialmente para albergar a obreros pero paulatinamente, al menos esa es mi apreciación, fue siendo ocupado por oficiales y encargados, clase obrera más cualificada. A pesar de ser uno de los primeros barrios en construirse, tenía y tiene una urbanización que nada tiene que envidiar a cualquier barrio residencial bien considerado actualmente: amplias zonas verdes, colegios públicos y privados religiosos, instalaciones deportivas, centro social, parque infantil, piscina y un gran economato, centro comercial germen de los actuales. Además, la mayoría de las viviendas, dispuestas en una planta en altura y algunas con dos, alejaban al barrio de una masificación descontrolada. Nada que ver con el barrio en el que yo vivía.

En Llaranes estaba el colegio de los padres Salesianos. En ese lugar muchos tuvimos nuestra primera incursión en el cine. Solían realizar sesiones de cine los domingos por la tarde, con uno de aquellos sobrios y arcaicos proyectores pero vanguardistas para la época. Nosotros, furtivos procedentes de otro barrio, nos colábamos en los descansos por las ventanas, de ese manera podíamos apropiarnos de la visión de escenas vitales de casi todo tipo de actividades humanas.

Otro día, a través del mismo medio, visité en compañía otra zona de viviendas bastante distinta. Se trataba de un recinto cerrado de no mucha extensión en comparación con los otros barrios, en el que se ubicaban varios bloques de viviendas, creo que en nueve alturas y con planta de estrella. Lo primero que me llamó la atención es que disponían de ascensor y que los lugares de acceso estaban muy ordenados y limpios. En el interior de la vivienda pude darme cuenta de que existían formas mejores de vivir. Había una temperatura agradable en toda la casa, ya que disponían de calefacción central, alimentada por el carbón que corría a cargo de la empresa, y los distintos espacios habitables eran amplios y estaban bien iluminados. Nada que ver con lo conocido por mí hasta entonces. Estas viviendas se ubicaron en la zona conocida por El Pozón y se destinaron sobre todo a ingenieros técnicos.

Todos sabíamos que dentro del casco urbano de Avilés se habían construido otras viviendas, jamás he estado en el interior de unas ellas, que eran y son conocidas como las viviendas de ingenieros. Fueron construidas para alojar a jefes e ingenieros superiores y, al parecer, disponían de las mejores condiciones de habitabilidad para la época, así como recinto acotado y vigilado por trabajadores de la empresa.

Además de todas estas agrupaciones marcadas de clasismo riguroso, en Avilés se construyeron otros barrios obreros: Versalles, Francisco Franco, La Carriona; barrios cercanos físicamente –Avilés es un municipio de pequeña extensión– pero que se situaban lejos de nuestro mundano quehacer diario.

16. Un epílogo

Esa fue la distribución urbana que se creó como respuesta a las demandas de viviendas para acoger a una masa de trabajadores que se trasladó a Avilés en los años 60. Coincidiendo con el fin de la dictadura muchas personas mejoraron sus condiciones de vida, adquirieron viviendas de nueva construcción gracias al fruto de sus ahorros y muchos fuimos a la universidad para posteriormente desperdigarnos, como antes lo habían hecho nuestros padres, por toda España y más allá de ella.